



## BATALLA DE NAVARINO.

**L**A Grecia se habia conmovido á los nobles gritos de la libertad; la patria de Alcibiades, Temístocles y Pericles producía nuevos héroes, y un pueblo, ilustre en otro tiempo entre los demás pueblos, queria recuperar su antigua nombradía, siquiera fuese á costa de una guerra terrible. Ya los asesinatos de Scio, los heroicos esfuerzos de Missolonghi, y la intrepidez del valiente Canaris habian dado á la Grecia moderna dias dignos de sus mas hermosos dias, dignos en fin de los descendientes de los soldados de Platea, Marathon y las Termópilas. Empero los turcos continuaban devas-

tando aquel hermoso pais, y viendo la diplomacia europea que la Turquía no se prestaba de buena fé á un arreglo amistoso, llamó en su auxilio las armas á fin de contrarestar el bárbaro furor de los musulmanes.

La Inglaterra, la Rusia y la Francia, es decir, queridos niños, las tres naciones mas poderosas de la Europa, enviaron al Mediterráneo cada una una escuadra de cuatro navíos de línea, cuatro fragatas y algunas embarcaciones ligeras, cuyos comandantes eran el vicealmirante Codrington por la Gran Bretaña, el contraalmirante de Rigny por la Francia, y por la Rusia el conde de Heiden. Luego que la Puerta Otomana supo esta novedad, apresuró la salida de una expedicion que tenia proyectada, y una escuadra de noventa y dos velas, mandada por Ibrahim y el capitan Tahir Bajá, dejó el puerto de Alejandría, burló la vigilancia de los cruceros de las tres grandes potencias mediadoras, y entró en el puerto de Navarino en setiembre de 1827.

No tardaron en anclar en la misma bahía las escuadras combinadas al mando del mas antiguo de los almirantes, y el 20 de octubre á eso del medio dia pusiéronse las tres en línea de batalla. La flota turca se componia de tres navíos de línea, otro sin obras muertas, diez y nueve fragatas, veinte y seis corbatas, doce briks y cinco brulotes, al paso que los aliados solo tenian diez navíos de línea, diez fragatas y algunas embarcaciones ligeras.

Desde la punta se descubria la ciudad y los fuertes, los cuales se alzaban en forma de anfiteatro, y sobre la costa la escuadra turco-egipcia, formando una herradura, con tres navíos de línea á la derecha, veinte fragatas de sesenta cañones en el centro, y sobre la izquierda otras fragatas de menor calibre: las corbetas y los briks formaban otras dos líneas que con sus fuegos cruzados debian proteger á los buques de la primera fila. Jamás se han visto tantos buques en tan pequeño espacio, en una bahía que no tiene una legua de extension.



Reinaba el mas profundo silencio á bordo de los buques aliados, y se hallaban á tiro de pistola de los turco-egipcios, cuando el comandante de una corbeta inglesa destacó dos embarcaciones para que se apoderasen de dos goletas y otros tres buques que estaban anclados en la boca del puerto y parecian brulotes.... Los ingleses fueron recibidos á balazos por los egipcios, y como al mismo tiempo un cañonazo tirado por los turcos matase á un hombre de la *Sirena*, á cuyo bordo iba el almirante de Rigny, este contestó con una andanada de estribor, y se rompió el fuego en toda la línea.

Al cabo de diez minutos la brisa habia cesado enteramente, neutralizada por las espantosas detonaciones de cien buques de guerra, cuyos ecos resonaban aun mas en los montes que coronan la bahía. Un pavellon inmenso de humo entoldaba la concha del fondeadero, cuyas aguas estaban acribilladas por tantos millares de proyectiles como recibian en su seno, y se respiraba en una atmósfera de pólvora que se podia cortar.

Entre los mas señalados trances de aquella terrible batalla, ninguno como el que vamos á contar. Sostenia el *Breslaw* una lucha encarnizada contra una fragata turca que habiéndolo cogido por la popa barria las filas del almirante ruso. Viendo el *Breslaw* el apuro de su aliado, rompió el fuego contra el buque turco; pero este biró de costado, y se dispuso al abordage. Llevaba esculpida en la proa una quimera colosal, pintada de encarnado y con ojos verdes, y en medio del azulado vapor de la pólvora se distinguian sus pasamanos cubiertos de negros y de árabes casi desnudos, armados de puñales y hachas, mientras que se veia sobre un obenque delantero de mesana á un oficial egipcio, pequeño y bastante joven, vestido de azul y con un turbante en la cabeza, señalando con el dedo el palo mayor del buque enemigo.

Al ver la gente del *Breslaw* semejante decision, tembló un instante; pero de repente lanzó una andanada

:

cuando el bauprés de la fragata iba á tocar sus obenques de mesana, y se oyó un grito espantoso, inmenso, que dominó el ruido infernal del combate. Luego que se disipó el humo, solo se vió la proa de la fragata egipcia, la cual permaneció unos instantes á flor de agua, y desapareció dejando un largo reguero de marinos que intentaron ganar la orilla ó encaramarse á las jarcias que colgaban á lo largo de los costados de los demás buques.

Otro navío francés apagó los fuegos de uno turco, y se disponia á apoderarse de él; pero aun no habia dado el comandante la voz de: «al abordaje!» cuando oyeron una espantosa detonacion: una inmensa columna de humo blanco y espeso, muy angosta en su base, y estendiéndose en su remate, envolvió á la fragata que iban á abordar, y cuando el vapor se elevó alguna cosa sobre la superficie del agua, solo se vió la popa del buque turco ardiendo en medio del mar. El capitán dió fuego á la pólvora, y la explosion que hizo la fragata al saltar hecha pedazos cubrió á los franceses de restos á medio incendiar, matándoles ó hiriéndoles mucha gente.

Serían las cinco y media, cuando empezó á aflojar el fuego, el humo fué haciéndose menos intenso, y se conocia que iba á terminarse la batalla: á las seis la flota egipcia estaba totalmente desamparada, y los egipcios se arrojaban á la costa, incendiando sus buques de comercio.

La escuadra francesa tuvo cuarenta y tres muertos y sesenta heridos de gravedad: los ingleses setenta y cinco muertos y doscientos heridos: la pérdida de los rusos no fué tanta; pero las tres escuadras aliadas padecieron grandes averías, teniendo que ser reparados muchos buques en los puertos de Malta y Tolon.

En cuanto á los turcos, inferiores en el servicio de la artillería, y que pelearon con un arrojo digno de mejor causa, murieron á centenares. Víctimas unos de su poca destreza en el manejo de la pólvora, y tendidos otros por las bombas enemigas, todos tuvieron con su



sangre las aguas de Navarino, como en otro tiempo las del golfo de Lepanto. Una tarde bastó para que quedase destruida la escuadra que osó medir sus fuerzas con las flotas de la Europa civilizada: mas de cincuenta buques fueron destruidos, sin que uno solo cayera en poder de los cristianos: á medida que quedaban fuera de combate, los iban quemando sus mismas tripulaciones, siendo un espectáculo magnífico si horrible el ver como se sucedían las explosiones y los incendios en el estrecho parage donde se daba la batalla. Hasta el mismo almirante de la escuadra turco-egipcia prendió fuego al buque que montaba, despues de izar en el palo mayor el estandarte de la media luna, y desplegar al viento todos los gallardetes y banderolas.

## EL PRIMER LIBRO.

ó  
**SOFIA COTIN.**

### CAPÍTULO VI

EL PORTERO.

Madama Cotin no se habia acostado, habia trabajado toda la noche sin cesar para poder entregar su manuscrito á la hora convenida, y cojer sus mil doscientos francos que debian salvar la vida á un amigo de su marido.

El día se ponía, se la habia traido luz, y concluía su última carta, cuando el reloj dió las cinco y media; en el mismo instante la puerta del cuarto fué abierta con violencia, y Mariana, anegada en lágrimas, se presentó seguida de un tropel de gente, con el portero á la cabeza.

— En nombre de la ley registrarlo todo! dijo un oficial municipal, hablando á muchos guardias nacionales, que en un instante todo lo revolvieron de arriba abajo en el cuarto de madama Cotin.

El primer movimiento de sorpresa la habia helado, el segundo la llenó de horror.

—Qué me quereis? señores, dijo llamando en su ayuda toda su presencia de ánimo, toda su sangre fria.

Llevando militarmente la mano á su sombrero, respondió el oficial:

—Ciudadana, eres acusada de mantener correspondencia con el extranjero, y tenemos orden de apoderarnos de todos tus papeles.

—Yo, señores, mantener correspondencia con el extranjero! exclamó la jóven con el tono del mas vivo dolor; una pobre viuda, sin experiencia, inofensiva; ¿y quién ha podido inventar semejante falsedad, gran Dios?

—Si estás inocente, nada tienes que temer, respondió el oficial, y la visita de tus papeles te absolverá sin duda.

—Tomad, dijo madama Cotin, ayudando ella misma á los hombres en su pesquisa; estas son las cartas de mi marido.... me las devolveréis, no es así, señores?... ese paquete.... ah!.... son cartas de las colegialas, escritas en el colegio... oh! Dios mio, podeis leerlas.... es cosa bien simple, y de niñas.... en cuanto á ese grueso cuaderno, es el fruto de mis estudios; este encierra extractos de historia; este un curso de geografía.... oh! leed, leed.... este es un resumen de aritmética....

—Cifras.... eso es sospechoso, ciudadana; nos lo llevamos, dijo el oficial dando orden á un soldado que recogiese el cuaderno.

—Es lástima, dijo madama Cotin, sin demostrar mayor interés, porque muchas veces lo necesito; pero en fin no es una gran desgracia.

—Y ese paquete de cartas firmadas Bistand?...

—Son las cartas de mi madre cuando la dejé en Burdeos para seguir á mi marido á París, dijo madama Cotin tristemente. Las cartas de una madre no son sospechosas: —Pero y esos papeles, dijo el oficial acercándose á la mesa, y poniendo la mano sobre el manuscrito de *Clara de Alba*.



Madama Cotin no pudo contener un grito de horror:

—Oh! por piedad! no toqueis á eso, señor!...

—Ah! ya está el pájaro en el nido, dijo el oficial empezando á reunir todos los pliegos esparcidos.

—Señor! señor! dijo la jóven dama, en la mayor turbacion, eso en nada compromete la seguridad del Estado, os lo aseguro... os lo juro por mi Dios....

—Entonces por qué es ese miedo? dijo el oficial reuniendo siempre los papeles.

—Por qué, por qué, decia madama Cotin, desconsolada, pensando en el librero que iba á venir, y en el proscrito que esperaba el dinero, por qué.... oh Dios mio! cuando os juro sobre mi alma que esos papeles no tienen valor para vos, y lo tienen muy efectivo para mí.... Señor oficial, que mis lágrimas os muevan, no tomeis esos papeles... llevadme mas bien á mí.... ponedme en prision; pero devolvedme esos papeles, en nombre de vuestra madre, si la teneis; volvedme esos papeles, por lo que mas amais, lo que es para vos mas sagrado, mas santo, volvedme esos papeles!....

—Oh! sí, señor oficial, dijo Mariana, juntando sus ruegos á los de su ama, que, abatida, no tenia ya aliento para llorar, devolvednos nuestros papeles; voy á deciros lo que es eso, y para qué debe servirnos.

Esperando obtener algunos pormenores interesantes sobre el crimen pretendido de madama Cotin, el oficial y su tropa rodearon á la vieja bordalesa.

Esta respondió:—Es una novela, ó como se llama; mi señora la vendió ayer á un librero que debe darla por ella mil doscientos francos para comprar un clave; ese es todo el misterio, y como tengo que morir, la exacta verdad; pero, mirad, si no me creis, ahí está ya el librero, preguntádselo.

En efecto, un nuevo personaje entró en la habitacion.

## CAPÍTULO VII.

### EL PORTERO.

Al ver la sala llena de gente, el librero iba á retirar—

se, cuando Mariana se le arrojó delante y lo detuvo por el brazo.

—Hablad, señor, haced brillar en todo su esplendor la inocencia de mi ama; decid á esos señores lo que significan esos papeles.

El librero echó una mirada sobre el paquete que tenia el municipal, y dijo: Esa es una novela que compré ayer á madama.

Madama Cotin como indiferente á aquellos debates, seguia con la ruta la aguja del reló, que se adelantaba hácia las ocho; no quedaba mas de una hora, y la angustia de esta mujer generosa crecia en razon de los obstáculos que se multiplicaban á cada instante.

Hubo un momento de silencio, despues del cual dijo el oficial:

—No dificulto creeros, señor, esto no es mas que una novela; mas entonces qué importa ni á vos ni á madama, que yo lo lleve á la sesion? Los devolveré mañana por la mañana.

—Madama Cotin tomó un partido desesperado, el reló señalaba las siete y cinco minutos.

—Dejadme que os la lea, señores, dijo, y si hallais en ella, no una página, sino un renglon sospechoso, á todo me someto.

—Eso es justo, dijo el librero, de ese modo no compraré gato por liebre.

—Ningun inconveniente veo en ello, dijo el oficial municipal.

Al pasar por delante del librero para dirigirse á su asiento, le dijo madama Cotin muy bajo:

—Escuchad bien el prefacio.

Y todos se sentaron alrededor de ella formando círculo.

El reló señalaba las siete y diez minutos.

Madama Cotin tomó su manuscrito de manos del oficial municipal, y abriéndolo sobre la mesa, cogió el primer pliego.

Y empezó con voz firme la lectura. A medida que



adelantaba en su relacion, se hacia mayor la atencion de su auditorio, y mas profundas señales de enternecimiento aparecian en todos los semblantes; muy pronto brotaron lágrimas de todos los ojos, y uno de los oyentes no pudiendo contener mas su agitacion, interrumpió de improviso á la lectora, yendo á ponerse de rodilla delante de ella:

—Soy un miserable, madama, hacedme guillotinar, hacedme cortar el pescuezo, bien lo merezco, la dijo; yo he sido quien os he denunciado; soy yo el que ha osado atacar y calumniar vuestra manía de escribir continuamente; no, no hay tormentos que no merezca. Dios mio, que bello está eso; que bello cuanto decís; quiero comprarlo cuando el señor librero lo haya impreso; quiero aprender á leer para leerlo; quiero que mi mujer aprenda á leer, y mis hijos tambien, de otro modo me divorcio de ella, y maldigo á mis hijos, quiero que todos los inquilinos sepan leer para leer vuestro libro, ó hago que los despidan el propietario; sí, madama, los dos sueldos que he ido ahorrando, servirán para comprar este libro; señor, añadió sin levantarse, pero volviéndose al librero; os acoto el primer ejemplar que salga de vuestra tienda, y daré por él lo que querais, sin regatear. Me llamo Juan Pablo, portero de la casa num.º 46 de la calle Chantereine. Y ahora me perdonais, decid madama, me perdonais?

Madama Cotin echó una mirada al reloj; cinco minutos faltaban para las ocho; se levantó prontamente.

—Sí, sí, os perdono. Señor oficial, me dejais mi manuscrito, no es verdad? añadió volviéndose al oficial que se enjugaba las lágrimas, mientras el portero retrocedia gimoteando á su asiento.

—El fin, madama, os lo ruego, decidnos el fin, replicaba aquel.

La pobre autora tembló: la aguja caminaba con increíble celeridad hacia las ocho.... Madama recogió toda la serenidad para sonreirse.

—Sería echarlo á perder, desaparecería todo el pla-

cer que tendreis leyendo ese libro cuando esté impreso; dijo, creedme, dejémosle aquí; además, os lo confieso, me siento mala....

Y recogia los pliegos esparcidos por la mesa.

—Entonces, dignaos perdonar nuestra indiscrecion, madama, dijo el oficial municipal levantándose; veo que de vos nada tiene que temer la República francesa; os dejo vuestras cartas, vuestros papeles, y me despido de vos, suplicándoos no os ofendais de nuestra comision.

En este momento dieron un porracito en las vidrieras; madama Cotin se puso pálida como una muerta.

—Todavía no, señor, dijo con viveza, todavía no, y tomando sus papeles que habia reunido, los entregó al librero; éste, habiendo comprendido su seña, le soltó con destreza un cartuchito en la mano.

—Tememos abusar de vuestra complacencia, observó el oficial municipal haciendo ademan de dirigirse á la puerta.

Un segundo golpe mas fuerte que el primero se deslizó por la vidriera, y difundió en el rostro de Sofia una palidez mas mortal.

—Esperad, os suplico, repuso ella con mas viveza todavía; vos tambien, Juan Pablo, quedaos; Mariana, ve á buscar vino de nuestro pais, de Burdeos. Ah! señores, no podeis escusaros de beber por la prosperidad de la Francia, no es verdad? añadió con uno de esos amables instintos de persuasion cuyo secreto tienen solamente las mujeres.

—Los municipales se volvieron á sentar, Juan Pablo, con la cabeza descubierta, daba vueltas entre los dedos á su gorra con satisfaccion.

—Y ahora, dijo madama Cotin, la agitacion, la lectura.... esa lumbre tan encendida.... permitireis que.... y se metió detras de la cortina.

Y esta encantadora mujer que acababa de recibir en aquel momento el premio de todas sus angustias, entreabrió ligeramente la ventana.

—Tomad, dijo á M. de Fombelle impidiéndole que



entrarse en la sala, y dándole el cartucho de luisés, fruto de su primera obra.—Tomad, marchaos al instante, y rogad á Dios por mí.

La ventana se volvió á cerrar, y madama Cotin apareció de nuevo llena de contento en medio de los municipales.

Mariana regresaba en aquel instante con una bandeja llena de varios vasos y botellas de vino.

—Tendremos un clave, sofía, dijo echando de beber á su ama.

—Todavía no, mi pobre Mariana, respondió Sofía en tono alegre que contrastaba con su respuesta.

Madama Cotin publicó muchas novelas, y hasta mucho despues ya en los últimos años de la vida no comprendió que no era esa la verdadera gloria que una mujer que escribe podria desear; trató de empezar un libro sobre la educación; una enfermedad cruel la sorprendió en medio de este trabajo; despues de tres meses de padecimientos que no tuvieron mas alivio que el de los tiernos cuidados de la amistad, y los consuelos de la religion, murió el 25 de Agosto de 1807 á la edad de 34 años.

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS.)

## LA URBANIDAD EN ACCION.

### CUENTO 1.º

#### El despertador.

Todas las mañanas cuando el reló de palacio daba las ocho, la señora de Maqueda entraba en el cuarto de su hija Inés, y la encontraba dormida. En vano la reprendía su pereza, tan perjudicial para su salud como para sus adelantos; en vano le citaba á su hermano Eugenio que todos los dias se levantaba antes que ella;

Inés ofrecía enmendarse, pero á la mañana siguiente volvía á caer en la misma falta, y no habia medio de deterrar su pereza.

En el cuarto segundo de la misma casa vivia una señora llamada Doña Petra Carbajal, madre de seis hijos, á los cuales criaba en el temor de Dios y los mejores sentimientos de piedad. Aquella señora observaba la costumbre de rezar todas las mañanas en compañía de sus hijos y criados, y habia invitado á la de Maqueda para que la acompañase con los suyos en la hora del rezo; pero la pereza de Inés impedía esta reunion.

Eugenio estaba muy hueco con los elogios de su madre; pero un dia le dijo esta:

«Muchas veces te he citado delante de tu hermana á fin de estimularla; pero me he guardado muy bien de decirla que solo madrugas por satisfacer un gusto tan malo como la pereza. Tu primer pensamiento al levantarte pertenece á Dios, y el segundo á tus padres; mas tú en vez de rezar y darnos los buenos dias, si arrebatas al sueño algunos momentos, es para ocuparte en tu adorno.

«La limpieza quiere que todas las mañanas nos lavemos las manos, la cara, el cuello y los oidos; que nos peinemos perfectamente; que nos cortemos las uñas con unas tigeras; que nos limpiemos la boca por dentro y por fuera; y que á lo menos nos lavemos los pies una vez á la semana. En cuanto al aseo del traje, la ropa blanca debe estar limpia lo mismo que el calzado, y no debe uno llevar manchas, porque esto es muy feo.

«Si solo te ocupáras de esto, estaría muy lejos de reprenderte; pero gastas el tiempo en aprender á ponerle la corbata, y antes de saber que chaleco has de llevar, te pruebas todos los que encierra tu cómoda. Si consultas las modas, es para extasiarte con todas las mas raras, y si yo accediese á tus deseos comprándote todas las prendas que se te antojan, serías un figurin. La moda es un tirano cuyas leyes es preciso seguir, pero debemos seguirle de lejos.»



La leccion dada por la señora de Maqueda, fué altamente provechosa; y á la mañana siguiente, vió á Eugenio ocupado desde muy temprano en estudiar. Luego al vestirse, todo lo hizo por sí mismo sin querer que le sirviese el criado: levantó del suelo un pantalon que se habia caído, lo cepilló, fué á buscar agua al comedor, y hasta sopló el fuego de la chimenea de la sala.

Deseando la de Maqueda corregir tambien á Inesita, mandó construir un reló de esos que cuando se quiere hacen un ruido tan estrepitoso que cortan el sueño mas profundo. Al momento que la niña vió el reló comprendió el pensamiento de su madre, y al dia siguiente ya estaba levantada á las siete, y se ocupaba en ayudar á su mamá y á las criadas en los quehaceres de la casa.

De este modo Inés se acostumbró á doblar sus vestidos, á tenerlo todo con el mayor esmero y aseo, y arreglar sus prendas, de modo, que si el polvo ó la lluvia ajaba un traje ó un sombrero, ella misma lo componia sin acudir á la costurera ni á la modista.

«Las verdaderas gracias no consisten en un adorno vano y afectado, decia á Inés su mamá, sino en vestir con sencillez y gusto. La moda sería buena si variase para no volver á variar mas; pero mudar por mudar, no es buscar la inconstancia y el desarreglo, en vez de procurar adquirir la verdadera urbanidad y el buen gusto?»

Inés se hizo tambien muy trabajadora, y como cosa muy bien, su mamá la hacia trabajar para los pobres, interesando de este modo en buenas obras su corazon y su caridad. Tambien la enseñaba el arte de adquirir en los libros conocimientos agradables, estensos y variados.

«No leáis, decia á sus dos hijos, por curiosidad sino con el deseo de aprender; no leáis muchos libros, sino únicamente algunos bien escogidos que enseñándoos los principios de la moral, y poniendo á vuestra vista las acciones honradas que han valido á sus autores el aprecio y la estimacion, os hagan querer la virtud. Leed

poco de una vez pero con asiento y atencion, y leed con frecuencia. No os contenteis con leer una vez sola un buen libro, pues si únicamente leéis para formar vuestro corazon, ó vuestra inteligencia, la segunda lectura será para vosotros mas útil que la primera.»

Un dia anunció á la señora de Maqueda el criado, que un anciano acompañado de un chico queria hablar con ella. Era el relojero que habia hecho el despertador, y dijo lo siguiente:

«Permitame V., señora, que la moleste: me voy haciendo viejo, mis ojos no me ayudan en el trabajo, y no puedo trabajar como antes. Necesito un despertador, y vengo á rogar á V. me venda el que la hize habrá un año, caso de que V. no le necesite.

— Hace mucho tiempo que no sirve, dijo la de Maqueda mirando á su hija.

— Mamá, añada V. que nunca ha servido.

— Cómo nunca! dijo la de Maqueda admirada.

— No, mamá, pues como el señor me explicase el objeto que V. se proponia colocando el reló junto á mi cama, me propuse levantarme sin necesidad de que me despertára ese ruido, y lo he logrado. V. creia que habia salido bien con su idea, y yo estaba muy contenta porque daba gusto á mi mamá, corrigiéndome, y sacudiendo mi pereza.»

La señora de Maqueda abrazó á su hija.

«Ya lo oyes, Perico, dijo el viejo al niño que le acompañaba: voy á llevarme el reló, y mañana á las cinco te romperá el tímpano de los oídos, para que dejes de ser un perezoso y un vago.

Inés dió un abrazo al chico, y preguntó al relojero si era hijo suyo.

— Es mi sobrino.... pero no le acaricie V., señorita, porque es un perezoso, tan perezoso como....

— Como yo lo era, no es verdad? dijo Inés sonriendo, y añadió: ya se corregirá.

El relojero se llevó su reló, y en el sitio que ocupaba, la señora de Maqueda colocó un rico crucifijo,



ante el cual rezaba Inés todas las mañanas dando gracias á Dios porque le habia inspirado el deseo de enmendarse.

Algunos años habian transcurrido, y Eugenio, que era uno de los cadetes mas aventajados del colegio general militar, abrió una carta en la cual le decia lo siguiente su mamá, establecida hacia un año en Barcelona.

«Tu hermana sabe cuanto puede hacerla agradable á los ojos del mundo, y ha recibido una educacion tan sólida como extensa: toca perfectamente el piano, pinta al óleo, y dibuja con sumo gusto: además sabe todas las labores de su sexo desde la simple costura hasta el arte de hacer flores artificiales. Sin embargo se dedica á ocupaciones muy diferentes, sobre todo en la casa de campo: ella hace el queso, las compotas, la crema y los pasteles, y despues visita á los pobres de las cercanías, socorriéndolos y cuidándolos en sus enfermedades. Por la noche nos lee con el raro talento de leer bien, canta ó toca el piano para que bailen sus amiguitas. Una piedad sincera, una modestia encantadora son las sólidas bases de tantas ventajas, y lo mejor de todo es que no permite que la elogien, pues dice que quien debe ser elogiada es la madre que la ha proporcionado una educacion tan brillante.»

## EL PERRO RICO Y EL PERRO POBRE.

### FÁBULA.

Aunque de raza y pelo diferentes,  
Yo conocí dos perros en Andujar,  
Que el lecho dividiendo y la pitanza,  
Celebraban gozosos su fortuna.  
Mas qué mucho si, jóvenes sencillos,  
Jamás supieron que la negra bruma  
Del interés, del interés menguado,  
El puro cielo del cariño nubla?

Apenas ver dejaba Febo hermoso  
Su faz resplandeciente y rubicunda,  
Se entregaban alegres mis dos perros  
A sus saltos, sus juegos y sus luchas.  
Y acá y allá corriendo desalados,  
Por ver cual de los dos en fuerzas triunfa,  
Unas veces se clavan en el lodo,  
Y ruedan otras por las piedras duras.

Mas acertó á pasar cierta mañana  
El duque opulentísimo de Osuna  
Por la ciudad morisca, y le gustó  
La cara del un perro por lo chusca.  
El amo de los perros, que era pobre,  
Al duque vendió el can por cierta suma,  
Y al subir en el coche el noble duque,  
Entrególo de cámara á su ayuda.  
Amargo fué el dolor del otro perro,  
Acerbo su pesar, grande su angustia....  
Hay quien sostiene que lloró muy mucho,  
Su suerte maldiciendo en voces mudas.

Al cabo de seis meses con su amo  
El pobre can entró en la corte augusta,  
Y andando calles y cruzando plazas,  
Del perro rico dirigióse en busca.  
Encontrólo peinado y reluciente  
A la puerta del duque, y con profunda  
Natural emoción quiso abrazarle,  
Ahullando de placer ó de ternura.  
Mas mirándole altivo el cortesano,  
Los dientes le enseñó con torpe furia,  
Y la espalda volviendo al atrevido,  
Ni siquiera ladró: «por ahí te pudras!»  
Abochornado nuestro humilde perro,  
Al aire dió un suspiro, y con faz mustia  
A su modesto albergue encaminóse,  
Pensando de su amigo en la repulsa.

Ven conmigo, oh lector, y uno por uno  
Te enseñaré de ingratos una turba,  
Tan perros como el perro de mi fábula,  
O mas, lector amable, si me apuras.  
Cuando pobres con el pobre juegan,  
Mas luego que la suerte los encumbra,  
Al amigo desprecian de la infancia  
Porque el oro es su Dios, su gloria única!

TENORIO.